

**MARTA HUELVES**

**La MEMORIA  
del TEJO**

**Un misterioso secuestro  
en un pueblo de Asturias**



**MAEVA | NOIR**

# Los escenarios de la novela



*La vida de tres zarzas, la vida de un sabueso.  
La vida de tres perros, la vida de un corcel.  
La vida de tres corceles, la vida de un hombre.  
La vida de tres águilas, la vida de un tejo.*

*La diosa blanca*  
ROBERT GRAVES

IRENE ADORABA EL ORVALLO.

Cuando ella era una niña, Berta, su madre, la observaba sentada en el escalón de entrada de la casa, sonriendo al mirarla y casi sin hacer ruido, temerosa de distraer el juego en el que su hija giraba y giraba con la boca abierta, y la cara y las palmas de las manitas hacia el cielo. La lluvia mansa se posaba en su abrigo rojo y en su pelo castaño; se le derramaba sobre las pestañas y en la punta de la nariz. Los árboles situados frente a la casa acompañaban en la dicha a Irene, mecían sus ramas y dejaban caer pequeñas gotas de lluvia hasta estrellarlas contra las hojas caídas, como una canción de arrullo.

LLUEVE EN COLOMBRES, mansa llovizna, cuando Berta se asoma a la ventana de la cocina sin atreverse a descorrer del todo la cortina. Han pasado muchos años desde aquel baile infantil. Los árboles del bosque esperan junto a la casa, como si también ellos estuvieran aguantando la respiración; las nubes de vaho que el orvallo de otoño arranca del suelo de hojarasca se condensan en el cristal en forma de gruesas gotas transparentes que caen por su propio peso, igual que las lágrimas al resbalar por las mejillas de Berta.

El gris lechoso del cielo ondula hasta esfumarse, devorado por la noche. El bosque oscuro sobre un manto de hojas y, entre

la niebla, el cuartel de la Guardia Civil situado frente a la casa, iluminado por la única farola de la calle. La negrura le impide buscar consuelo en las estribaciones de la sierra del Cuera, pese a tenerla tan cerca.

La opresión en el pecho y el dolor punzante, como un puñetazo en la base de la tráquea, abraza el sonido de los latidos de su corazón. Sin pausa, sin descanso.

Abatida por el dolor, Berta cierra los ojos un segundo, tan solo un parpadeo, y, al abrirlos, una oleada de terror en forma de arcada le llena la boca de saliva. El miedo le entra sin freno por cada poro de su cuerpo, haciéndola tiritar de frío. Y, con él, el recuerdo de un terror antiguo, un miedo arrinconado en el lugar más apartado de la conciencia.

Se tapa la cara con las manos mientras niega con la cabeza, sin poder apartar el horror que la consume.

Irene ha desaparecido.

# 1

## Angustia

HACE AÑOS, LA primera vez que Berta Vega pisó el suelo de la villa asturiana de Colombres, en el concejo de Ribadedeva, el mes de agosto languidecía, resistiéndose a abandonar el calor que espanta a los asturianos y que a ella, madrileña, solo le provocaba una sonrisa.

Empezaba una nueva vida con apenas veinticinco años, recién licenciada en Filología y con una plaza de profesora en el colegio público de la localidad. Un tanto desorientada, Berta aparcó el coche en la plaza Manuel Ibáñez, junto al ayuntamiento, y luego continuó a pie, sin rumbo fijo, en dirección al Museo de la Emigración. La calle soportaba tranquila el calor. Por toda compañía, tan solo un rumor de agua que provenía de una fuente cercana y un paisano ocupado en las necesidades de un enclenque perro de aguas. El enrejado de la finca le llamó la atención. Las puertas abiertas invitaban a adentrarse en un jardín bien arreglado que se extendía a los pies de una majestuosa casa de indianos: la Quinta Guadalupe.

La fachada, que en sus orígenes casi hacía daño a la vista con su blancura inmaculada, lucía ahora pintada de azul maya, eclipsando por completo la naturaleza que la rodeaba. Le pareció curiosa la tradición de los concejos del Oriente de Asturias de pintar las fachadas de las casas de colores. En aquel mismo momento, Berta decidió que sería ese azul maya el color de la vivienda que acababa de adquirir en el pueblo.

Accedió sin pensarlo al jardín y rodeó la quinta a través de un camino de grava. Los magnolios de hojas brillantes le cortaron la respiración y deseó con todas sus fuerzas poder descansar bajo su sombra. Las altísimas palmeras le produjeron el mismo efecto, a las que encontró un tanto desubicadas. Miró el reloj.

Mediodía.

Un último vistazo antes de regresar al coche. Algo en su interior le decía que aquella villa se convertiría en una parte trascendental de su vida.

REFUGIADA EN LA cocina y sin apartar los ojos de la ventana, Berta espera con una impaciencia dolorosa que alguien le comunique alguna noticia sobre el paradero de Irene. En ese momento mataría por una buena noticia.

—Bébetelo el café y deja de curiosear en el móvil de la niña. Meterte en sus asuntos no te beneficia —dice con voz tranquila la mejor amiga de Berta, Covadonga. Cova, como la conocían en el pueblo, consigue que levante la cabeza del teléfono. La Guardia Civil le acababa de devolver el móvil de su hija, que una vecina había encontrado en el camino de El Cantu, cerca de la frontera con Unquera, ya en Cantabria. Berta se seca una lágrima y observa la cara sonriente que Irene muestra en la fotografía de fondo de pantalla del móvil.

—Me estoy asfixiando, Cova. No sé qué voy a hacer —dice la profesora con un hilo de voz mientras se recrea en la foto.

—Esperar. Solo nos queda esperar —contesta ella al acariciar la melena ondulada de su amiga. El contacto físico es la forma de comunicación más antigua que conoce el ser humano, y acariciar el pelo, un acto íntimo, un gesto cariñoso que nace de la persona que acaricia y apacigua hacia la que lo recibe. Con ese gesto, Cova espera aliviar en lo posible, o más que aliviar,

compartir, la opresión que asfixia el pecho de su amiga—. Esperaremos juntas. No pienso moverme de tu lado.

—¿Por qué se han llevado a mi niña? ¿Quién quiere hacernos daño? La policía ni siquiera sabe decirme si la han secuestrado para pedir un rescate por ella o si se trata de algo mucho más horrible.

—Todo el mundo la está buscando —es lo único que se le ocurre decir a Cova. La situación le parece tan surrealista como el aterrizaje de una nave extraterrestre. La desaparición de una adolescente en un pueblo tranquilo como Colombres es algo que a ninguno de los vecinos de la villa se le había pasado siquiera por la imaginación. Y mucho menos que la elegida fuera la hija de una mujer soltera cuyo sueldo de profesora no le permitía grandes alegrías.

—Estoy desesperada. —Berta continúa sin apartar la vista del teléfono móvil, que sostiene con fuerza entre las manos—. Acabo de descubrir que Irene se ve con Jandro a mis espaldas, sin decirme nada. ¡Cuántas cosas más me ocultará!

—Confía en ella. Es normal. ¡Que la *guaja* cumple ya quince años! Jandro es su tío. Para una adolescente, tener a un familiar en Gijón es como posar un pie en el cielo —responde con una sonrisa displicente. Cova le quita el móvil de las manos, lo deja sobre la mesa y lo sustituye por una taza de café humeante—. Por las conversaciones de WhatsApp, se han visto un par de veces. A nadie le parece raro que la familia se reúna para salir a cenar.

—Lo sé, lo sé, Cova. —Berta suelta el aire, derrotada. Agradece de corazón las atenciones de su amiga, aunque no se le escapa que, a pesar de sus palabras de aliento y por mucho que intente calmarla, tiembla de miedo tanto como ella—. No me hagas caso.

—Recuerda lo afortunada que eres. Irene es una buena hija, *estudiosina* y cumplidora. Los compañeros de clase me han dado

muchos besos para ti. El colegio entero está volcado en su búsqueda. La verdad es que me sentí aturullada, no dejaron de darme ánimos. Nada más conocer lo que pasó, sus amigos se lanzaron a las redes sociales: Instagram, Twitter... La noticia salió en la prensa y el director va a entrevistarse con una reportera que envían los de la TPA. —Cova deja escapar un suspiro. Las palabras le salen a borbotones a causa de los nervios—. Berta, todos te quieren y quieren a tu hija. Ya lo viste en la batida que organizó la Guardia Civil. Creo que no faltó nadie. Hasta el sieso del jefe de estudios se presentó voluntario.

—Sin resultados.

La contundencia de la respuesta golpea el ánimo de Cova, que ya no sabe qué hacer para consolar a su amiga.

La mujer demacrada y aterrada que sufre frente a ella no tiene nada que ver con aquella chica jovial y de porte elegante que andaba en boca de los vecinos cuando llegó al pueblo. La amistad entre ellas surgió como un flechazo: nada más conocerse, se hicieron inseparables. Profesora de Lengua la una y de Matemáticas la otra, compartían trabajo y amistad dentro y fuera del recinto escolar. Cova materializó la parte asturiana que le faltaba a Berta, le facilitó un período necesario para adaptarse a las costumbres y a las gentes de la villa; le presentó a los vecinos y, sin consultar sus preferencias, la incluyó en todos los festejos que se celebraban en Colombres, sin importar si se trataba de una *pumarada* o de una misa.

—Perdóname. —La mano de Berta roza la de su amiga—. Ya sé que Irene es buena estudiante, que sale con las amigas y que no tiene novio, al menos que sepamos... Porque, después de lo de Jandro, ya no sé qué pensar. Lo único cierto es que mi niña no se ha ido voluntariamente.

—Anda, boba. Bébetelo el café, que se va a enfriar —le dice Cova volviendo la cara para que no la vea llorar. Entonces repara en las fotografías que decoran la puerta del frigorífico, sujetas

con imanes de lo más variopinto. Es tal la acumulación de sonrisas, puestas de sol y caras felices que se le hace un nudo en el estómago—. Verás que, más pronto que tarde, sabremos de ella. No paro de pedírselo a la Santina, que debe estar harta de mí.

Cova sonrío, enciende una vela y la añade a las anteriores, alineadas en un altar improvisado sobre el microondas en torno a una figurita de la virgen de Covadonga: la Santina. Mientras Berta bebe con desaliento pequeños sorbos de café, ella se asoma a la ventana. «¿Cómo se consuela a alguien cuya hija desaparece de forma tan misteriosa?», se pregunta en un intento por apartar de su mente los horribles pensamientos que la asaltan. Resultaba muy difícil obviar los comentarios de los paisanos. La dependienta del supermercado, la de la farmacia y hasta la concejala de Cultura se persignaban al pronunciar el nombre de Irene.

—¡Pobrina! —suspira en voz baja.

## 2

### Una desaparición inquietante

DOS DÍAS ATRÁS, Berta se había presentado en casa de Cova con la cara desencajada, la respiración entrecortada y la desesperación reflejada en los ojos. Su estado de preocupación era tal que a su mejor amiga le pareció que aquello era lo más cerca que una mujer podía estar del infierno.

Irene no había regresado a casa.

Una vez realizadas las llamadas de rigor a las amigas y a los profesores, y después de preguntar por el barrio, pasaron juntas el trago de denunciar en el cuartel de la Guardia Civil la desaparición de Irene.

Olaya Herrero, cabo del Cuerpo y buena amiga, había cursado la denuncia y se había ocupado de los trámites de inmediato. Durante la declaración, Berta, incapaz de soltar una lágrima, recordó con minuciosidad cada movimiento que ella o su hija habían realizado ese día. La última vez que la había visto fue durante el recreo. Irene y Sole, su mejor amiga, compartían un bocadillo. Las adolescentes reían despreocupadas, apoyadas en una de las columnas que aseguraban el soportal del edificio del colegio, libres y ajenas a todo.

—¿Cuándo la echaste en falta? —le había preguntado Olaya mientras anotaba sus respuestas en una libreta.

—La verdad es que estuve dando clase hasta la hora de comer. Lo recuerdo con claridad, porque se me hizo tarde preparando el examen de la asignatura. Fue a última hora cuando me

extrañó no tener noticias de ella. Siempre me dice dónde está o si va a llegar más tarde; acostumbra a llenarme el WhatsApp de caritas sonrientes.

—¿Sabes quién fue el último que la vio? —La agente levantó la cara del cuaderno con preocupación. La singular arruga que se le pronunciaba sobre la frente cuando se concentraba se acentuó notablemente. Berta y Cova conocían bien aquella marca, aunque su amiga intentase sin éxito camuflarla bajo un espeso flequillo. Era la señal inequívoca de que algo no iba bien.

—Sus amigas, Sole y María. Iban a quedarse en el comedor del colegio para terminar un trabajo de clase. Irene salió a hacer unas fotocopias donde Pili —contestó la profesora con voz temblorosa—, pero no regresó y tampoco contestó a los mensajes que le había dejado en el móvil. Sole estaba muy nerviosa cuando hablé con ella por teléfono. Entonces supe que había pasado algo malo.

LA GUARDIA CIVIL calificó la denuncia como una «desaparición inquietante» y la envió a las localidades cercanas: Bustio, Pimiango, Noriega y La Franca. El concejo entero de Ribadedeva se unió a la búsqueda. Hasta las autoridades de Unquera, frontera con Cantabria, se habían ofrecido a colaborar.

El secuestro desató la alarma en la apacible localidad de Colombres y puso a prueba a una agente como Olaya, más acostumbrada a enfrentarse a delitos menores como hurtos, infracciones de tráfico, peleas y trapicheos con drogas. Protección Civil y la patrulla territorial del SEPRONA se habían unido a la búsqueda.

Enseguida se delimitó un área de rastreo por los lugares de mayor riesgo: playas, acantilados y barrancos. Los agentes acotaron el área de la desaparición e identificaban a cualquier vehículo

sospechoso que circulara por los alrededores del centro escolar, donde la adolescente había sido vista por última vez.

Grupos de voluntarios organizaron batidas por el entorno de la villa. El secuestro de Irene había despertado recelos entre los vecinos y una desazón que no dejaba indiferente a nadie. La mayoría de los que participaban en los equipos de búsqueda eran conscientes de la urgencia. Los rumores se dispararon y la gente se temía lo peor.

A las pocas horas de comenzar el rastreo, la noticia de la desaparición de una adolescente en la villa de Colombres saltaba a los periódicos y se difundía por las principales emisoras de radio.

Dos días después, seguían sin noticias.

# 3

## La espera

ESPERAR.

Todos recomendaban lo mismo: dejar que transcurriera el tiempo y evitar asomarse al abismo. Y ella, obediente, esperaba, incapaz de quitarse de la cabeza las circunstancias por las que podría estar pasando su hija.

Viva o muerta.

Sola.

La niña de cabellos castaños y ojos de cielo.

Imagina su piel tibia recién levantada, el ceño fruncido y la mancha de nacimiento que se le derrama sobre el hombro derecho. Su Irene, la dulce y, a veces, respondona Irene.

Una nueva arcada le revuelve el estómago y aparta de sí la taza de café, cuyo olor la repugna. Si Berta hubiera creído en Dios habría rezado, pero hacía mucho tiempo que la religión y ella se habían distanciado. Sencillamente, Dios no contaba para nada en su vida. En cierta forma envidiaba a su amiga, que no se había separado de su lado ni un momento. Por el movimiento de los labios sabía que Cova repetía en silencio una y otra vez las oraciones aprendidas en la infancia. Un consuelo irracional que proporciona al creyente un alivio momentáneo, como si la responsabilidad del destino ya no dependiese de uno, sino de ese dios al que se reza. Un acto mecánico que encierra el poder del sosiego. Lo peor es el vacío posterior. Cuando se toma conciencia de lo inútil de la plegaria y uno sufre en sus carnes un doble

fracaso: el de comprobar que la situación no ha mejorado y el de la decepción, tras entender que a ese dios al que se implora le importa un carajo la situación emocional en la que uno se encuentra.

Y, aun así, Berta no puede evitar fijarse en los labios de la mujer, que repiten obsesivamente una oración al tiempo que recogía la taza de café que ella había rechazado.

Las horas se estiran como un chicle, largas y pegajosas. Fuera de la casa la oscuridad es total y arrecia un viento irregular que agita a ratos las copas de los árboles y empuja las nubes sobre Colombres, deslizándolas a toda prisa por encima de sus cabezas.

Berta piensa en Irene. En la niña que fue y en la adolescente en la que se ha convertido. La misma a la que le cuesta seguir en sus razonamientos y a la que tolera en las rabietas que la arrastran al borde de las lágrimas.

Irene es su razón de ser.

La profesora respira hondo y deja escapar el aire de los pulmones muy despacio, hasta quedarse vacía. Al levantar la vista, observa la luz que proyectan los faros de un coche sobre el asfalto de la calle, y que iluminan durante un segundo el cristal de la ventana. Cova ha encendido la televisión y busca con desesperación el mando para cambiar de canal, con la aprensión de haber cometido un terrible delito al sintonizar el telediario. Teme que, en cualquier momento, su amiga tenga que escuchar la peor de las noticias. Aquel desasosiego llena a Berta de ternura al mismo tiempo en el que el timbre de la entrada suena con insistencia.

—Voy yo —responde la profesora desde la cocina, pero Cova se ha levantado y ya alcanza el pomo de la puerta.

—Buenas noches.

—Pasa, Olaya —saluda con prudencia a la cabo Herrero, con una sonrisa a medio camino entre la sorpresa y el temor. Olaya Herrero era natural de Oviedo, una guardia civil a la que habían trasladado a Colombres al ser ascendida. La mujer, de

curvas generosas, era muy respetada por los vecinos, en parte debido a su corpulencia, puesto que le sacaba más de una cabeza a sus amigas, y, por otro lado, por el tono grave de su voz, que transmitía autoridad incluso cuando estaba fuera de servicio. Guardia civil y madre de tres hijos varones, se había ganado el respeto con mucho esfuerzo.

En el estrecho espacio del recibidor, el tiempo queda suspendido entre las tres mujeres como cuando uno llena los pulmones para sumergirse bajo una enorme ola.

—Pasa, mujer, no te quedes ahí. —Olaya entra hasta la cocina. Conoce la casa, no se pierde ni una de las sesiones de cine que el grupito de comadres organiza una vez al mes.

—Berta, traigo buenas noticias. —La toma de las manos y se sorprende de lo frías que están—. Encontraron a Irene. La cría se encuentra bien. —A Cova se le escapa un pequeño grito—. En el parque de El Rinconín, en Gijón. Está en el hospital de Cabueñes.

—¿En el hospital? —pregunta Cova angustiada mientras Berta corre en busca de su bolso y guarda, a toda prisa, las llaves de la casa, las del coche y el teléfono móvil.

—La policía la encontró desorientada y la ingresaron en urgencias. —Berta se detiene y se da la vuelta hacia Olaya, expectante—. Eso es todo lo que nos comunicaron.

—¿Adónde vas? —pregunta Cova, todavía conmocionada, mientras Berta termina de meter las cosas necesarias en el bolso y se pone el abrigo.

—A Gijón —responde ya desde la puerta.

—Voy contigo.

—No. —Cova puede ver la determinación en los ojos castaños de su amiga, iluminados por una extraña luz—. Necesito que te quedes.

Berta sale de casa, se sube al coche y enfila la calle hacia la autovía.